

“Una palabra nunca será capaz de comprender la voz que la pronuncia.”

Thomas Merton



Rafael Sanzio 1517-1520

PARA LEER...

BERMEJO, J.C., *El Sanador herido*. Sal Terrae, Madrid 2022

Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
–Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org



La ascesis cuaresmal (II)



La experiencia de los discípulos en el monte Tabor se enriqueció aún más cuando, junto a Jesús transfigurado, aparecieron Moisés y Elías, que personifican respectivamente la Ley y los Profetas (cf. Mt 17,3). La novedad de Cristo es el cumplimiento de la antigua Alianza y de las promesas; es inseparable de la historia de Dios con su pueblo y revela su sentido profundo. De manera similar, el camino sinodal está arraigado

en la tradición de la Iglesia y, al mismo tiempo, abierto a la novedad. La tradición es fuente de inspiración para buscar nuevos caminos, evitando las tentaciones opuestas del inmovilismo y de la experimentación improvisada. El camino ascético cuaresmal, al igual que el sinodal, tiene como meta una transfiguración personal y eclesial. Una transformación que, en ambos casos, halla su modelo en la de Jesús y se realiza mediante la gracia de su misterio pascual. Para que esta transfiguración pueda realizarse en nosotros este año, quisiera proponer dos “caminos” a seguir para ascender junto a Jesús y llegar con Él a la meta.

El primero se refiere al imperativo que Dios Padre dirigió a los discípulos en el Tabor, mientras contemplaban a Jesús transfigurado. La voz que se oyó desde la nube dijo: «Escúchenlo» (Mt 17,5). Por tanto, la primera indicación es muy clara: escuchar a Jesús. La Cuaresma es un tiempo de gracia en la medida en que escuchamos a Aquel que nos habla. ¿Y cómo nos habla? Ante todo, en la Palabra de Dios, que la Iglesia nos ofrece en la liturgia. No dejemos que caiga en saco roto. Si no podemos participar siempre en la Misa, meditemos las lecturas bíblicas de cada día, incluso con la ayuda de internet. Además de hablarnos en las Escrituras, el Señor lo hace a través de nuestros hermanos y hermanas, especialmente en los rostros y en las historias de quienes necesitan ayuda. Pero quisiera añadir también otro aspecto, muy importante en el proceso sinodal: el escuchar a Cristo pasa también por la escucha a nuestros

hermanos y hermanas en la Iglesia; esa escucha recíproca que en algunas fases es el objetivo principal, y que, de todos modos, siempre es indispensable en el método y en el estilo de una Iglesia sinodal. Al escuchar la voz del Padre, «los discípulos cayeron con el rostro en tierra, llenos de temor. Jesús se acercó a ellos y, tocándolos, les dijo: “Levántense, no tengan miedo”. Cuando alzaron los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús solo» (Mt 17,6-8). He aquí la segunda indicación para esta Cuaresma: no refugiarse en una religiosidad hecha de acontecimientos extraordinarios, de experiencias sugestivas, por miedo a afrontar la realidad con sus fatigas cotidianas, sus dificultades y sus contradicciones. La luz que Jesús muestra a los discípulos es un adelanto de la gloria pascual y hacia ella debemos ir, siguiéndolo “a Él solo”. La Cuaresma está orientada a la Pascua. El “retiro” no es un fin en sí mismo, sino que nos prepara para vivir la pasión y la cruz con fe, esperanza y amor, para llegar a la resurrección. De igual modo, el camino sinodal no debe hacernos creer en la ilusión de que hemos llegado cuando Dios nos concede la gracia de algunas experiencias fuertes de comunión. También allí el Señor nos repite: «Levántense, no tengan miedo». Bajemos a la llanura y que la gracia que hemos experimentado nos sostenga para ser artesanos de la sinodalidad en la vida ordinaria de nuestras comunidades.

Las cargas se acomodan caminando

Camilo de Lejis

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy. Con las letras que sobran obtendrás una frase



S	A	I	L	E	J	P	E	S	U	P
S	N	J	O	S	A	I	N	V	E	I
T	A	A	E	L	S	U	B	D	I	R
A	A	L	A	S	M	O	R	N	O	T
E	M	B	C	O	U	O	O	N	G	E
L	R	A	P	A	A	S	N	R	A	A
A	M	O	D	R	E	S	A	T	I	R
A	R	N	B	O	T	O	M	S	T	Q
U	E	M	E	S	N	E	R	L	N	H
I	O	J	O	D	O	E	E	D	A	I
S	E	S	I	O	M	O	H	S	S	.

Frase Anterior: Jesús nos muestra que con la gracia de Dios podemos vencer las tentaciones

EVANGELIO (Mt 5,17-37)

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo». Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: «Levantaos, no temáis». Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos».

La Transfiguración se encuentra en el centro del Evangelio, histórica y literariamente, por razón de su realismo misterioso: la Humanidad de Jesús es el hogar vivo donde el hombre se convierte en Dios. ¡Cristo es verdaderamente hombre! [...] Cristo «se transfigura, no asumiendo lo que no era, sino manifestando lo que era a sus propios discípulos: les abre los ojos y, ciegos como eran, los convierte en videntes». El cambio se produce en los discípulos, y es eso lo que confirma la segunda certeza: que el objetivo de la Transfiguración, conforme al de toda la Economía rebelada en la Biblia, es la salvación del hombre. Como en la Zarza ardiente, el Verbo “deja ver” en su Cuerpo la Luz de su divinidad no para hacer saber, sino para hacer vivir, para salvar: se revela dándose y se da para transformarnos en Él.

¿Por qué Jesús escogió este momento, estos dos testigos y sus tres apóstoles? ¿Qué vivía en su cuerpo de hombre, él, el Hijo, apasionado por el Padre y apasionado por nosotros? Unos días antes, Pedro ya había sido iluminado en su interior y lo había reconocido como al Cristo de Dios. Entonces Jesús había empezado a levantar el velo sobre el desenlace próximo: tenía que padecer, ser condenado a muerte y resucitar. Es entre este primer anuncio y el siguiente, que toma la decisión de subir al monte. El resplandor de la Transfiguración aparecerá entonces a través de lo “no dicho” de los evangelistas: acabada la catequesis preparatoria a su Pascua, Jesús está decidido a encaminarse hacia su realización. En todo su ser, con todo su “cuerpo”, está entregado a la voluntad amorosa del Padre, se adhiere a ella totalmente. Desde ahora todo traducirá su “sí” incondicional al amor del Padre, hasta a aquel último combate de la agonía al que serán invitados los mismos discípulos. [...]

Jean Corbon